

FORCEJEJO ENTRE EL COMITE FULBRIGHT, EL PENTAGONO Y EL DEPARTAMENTO DE ESTADO EN TORNO A LAS BASES ESPAÑOLAS

EL ESTADO MAYOR SIGUE CONSIDERANDOLAS ESENCIALES PARA LA ESTRATEGIA EUROPEA

NIXON, EXPUESTO A UNA OFENSIVA POLITICA DENTRO DE LAS CAMARAS DEL CONGRESO

LA GRAN CUESTION SIGUE SIENDO SI ESTOS ACUERDOS PRECISAN —O NO—LA FORMALIZACION DE UN TRATADO DE DEFENSA MUTUA CON ESPAÑA

Los medios políticos norteamericanos otorgan atención especial a la presencia en Washington de don Nuño Aguirre de Cárcer

Washington 16. (De nuestro corresponsal, por "telex".) Para los observadores diplomáticos de esta capital la presencia en Washington del director general del Departamento de América del Ministerio español del Exterior, don Nuño Aguirre de Cárcer, que se encuentra aquí desde antayer, ha suscitado una atención especial porque se vincula su estancia, que se prolongará hasta la semana próxima, con la cuestión irresuelta y debatida de las bases militares norteamericanas en la Península Ibérica.

Se mantiene aquí una reserva absoluta en cuanto a las conversaciones celebradas con sus colegas americanos por el señor Aguirre de Cárcer, diplomático competente, veterano de muchas y difíciles negociaciones con la diplomacia de este país en los problemas planteados por las bases, pero la importante cuestión, todavía en un punto muerto, sigue en el plano de la especulación diplomática y periodística sin que nadie, por lo menos de este lado washingtoniano, parezca conocer con un mínimo de claridad dónde se está en este delicado asunto de las negociaciones entre España y Estados Unidos.

Preguntáis al Comité de Asuntos Exteriores del Senado, el Comité Fulbright, que sostiene el derecho constitucional de examinar y aprobar o desaprobar los términos de un "compromiso" con España y se os dice: "Pregunte al Departamento de Estado, del cual esperamos información." Preguntáis en Estado y se os contesta: "Se sigue negociando, pero hay que entender las complejidades de la situación." "Aquí—decía el otro día el corresponsal diplomático del "Sun", de Baltimore, hombre bien informado—nadie parece saber cuándo estarán los españoles dispuestos a reanudar las conversaciones."

El mismo corresponsal, con excelentes contactos en el Departamento de Estado, atribuía a "la susceptibilidad española" la falta de diálogo sobre la renovación de los convenios, y añadía: "Nadie sabe cuándo se va a salir del callejón." Este tipo de análisis pierde todo valor, evidentemente, con la presencia y las gestiones en Washington del señor Aguirre de Cárcer, pero la gran cuestión irresuelta, hasta ahora, sigue siendo la del grado de mutualismo estratégico hispano-norteamericano que, en opinión española, tiene que constituir la piedra angular de toda renovación de los convenios

de bases peninsulares. En otras palabras: las obligaciones contractuales que asuma Estados Unidos en relación con la defensa de la Península Ibérica, y viceversa, en la eventualidad de una crisis internacional como la que pudo provocar la guerra de los seis días entre Israel y los Estados árabes, la de la República de Libano, años antes, y otras, en el curso de las cuales las fuerzas americanas en sus bases españolas fueron colocadas, unilateralmente, en estado de alerta.

Sobre la actitud del Pentágono en cuanto a las bases españolas, no hay duda. El Estado Mayor sigue considerándolas esenciales en el marco de la estrategia general norteamericana en Europa, especialmente la base submarina de los "Polaris" en Rota, en la puerta occidental del Mediterráneo, donde se encuentran desplegadas hoy la VI Flota americana y la escuadra soviética, mientras persisten las hostilidades del Oriente Medio. La teoría del Pentágono, expresada en una famosa "minuta" del general David Burchinal, delegado por el jefe del Estado Mayor Central, general Wheeler, para negociar con el Estado Mayor español los problemas técnicos de las bases y el volumen de las necesidades militares españolas, es que "la presencia de las fuerzas americanas en España constituye una garantía mejor que todo acuerdo escrito". La minuta Burchinal provocó una

tormenta dentro del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, que considera a los militares, a despecho de su enorme despliegue de poder, incapaces de decidir la política exterior de Estados Unidos. El resultado ha sido un forcejeo—que persiste en el fondo—entre el Comité Fulbright, el Pentágono y el Departamento de Estado, que deseaba mantener la cuestión española dentro de los límites de los "executive agreements", los acuerdos ejecutivos directos entre Washington y Madrid, sin necesidad del difícil "visto bueno" del Senado, que requeriría, si hubiese que entrar en la formalización de un Tratado de defensa mutua con España, el voto de los dos tercios de los miembros de la Alta Cámara.

La cuestión ha ido, políticamente, demasado lejos, y va a ser muy difícil devolverla a los términos, relativamente simples, de 1963, cuando se efectuó la primera renovación mediante la firma en Nueva York por el entonces secretario de Estado, Mr. Dean Rusk, y el ministro español de Asuntos Exteriores, señor Castiella. Al abandonar el Departamento de Estado, Rusk encargó al jefe del Estado Mayor, general Wheeler, que mantuviera el contacto técnico con España, y Wheeler delegó la Misión en el general Burchinal, segundo jefe de las Fuerzas americanas del O. T. A. N., general de cuatro estrellas. El propósito evidente de Rusk, al cambiar la Administración, fue sostener la continuidad de las conversaciones con Madrid en el curso de los seis meses entre el 26 de septiembre de 1968 y el nuevo plazo de gracia de marzo de 1969, ya con la Administración Nixon en el Poder, hasta que el nuevo secretario de Estado, Mr. Rogers, sin la menor experiencia en la cuestión, se encontrara en situación de estudiar y decidir. En el paréntesis se produjo la interferencia política y constitucional del Comité Fulbright, exigiendo un Tratado, y ello ha producido el punto muerto en que las negociaciones se encuentran en este momento.

"El asunto de las bases de España—escribía hace unos días un corresponsal diplomático del "Christian Science Monitor"—puede ser la chispa que provoque un debate mayor en el Congreso sobre todo el conjunto de los compromisos americanos en el exterior." La amarga experiencia de Vietnam tiene mucho que ver en esta situación.

Para Nixon, que está convencido de la importancia estratégica de las bases españolas, la cuestión es difícil, porque, a estas alturas, a menos de improbables concesiones jurídicas por parte de Madrid, se expone a enfrentarse con algo absolutamente indeseable para su Administración: una ofensiva política dentro de las Cámaras del Congreso, centrada en la urgencia estratégica y financiera de limitar los compromisos militares en el extranjero, que encontraría un gran apoyo en la opinión pública.—José María MASSIP.